Hoja del lunes
18 diciembre 1961

UNA SENTENCIA

por Joaquín CALVO-SOTELO
De la Real Academia Española

EL doctor Gallazzi-Lisi interpuso en su día recurso contra la sentencia del Consejo de la Asociación Médica Italiana, que le había inhabilitado para el ejercicio de su profesión por divulgar unas fotografías de los últimos momentos de Pío XII, tomadas por él, en su condición de médico privado de Su Santidad y reproducidas en algunas revistas de divulgación internacional. La sentencia dictada de la que yo ahora, con retraso tengo noticia, confirma la sanción que originariamente fuera impuesta al doctor Gallazzi-Lisi y resolviendo el problema de deontología profesional planteado, reafirma de manera que no deja lugar a dudas, la inalienable propiedad que sobre su muerte cabe a cada ser humano, aun hoy, en los tiempos en que apenas hay en la vida un rincón en misterio y recato substraído al impertinente asalto de la crónica diaria.

Ese instante de suprema y terrible intimidad, en el que la mirada del hombre se derriba para siempre sobre su último paisaje, nadie, por ningún motivo, bajo ningún aspecto, tiene derecho, sea cual sea la causa por la cual lo presencie, a mostrarlo, a darlo en espectáculo a los demás.

Por otra parte, sólo apelando al poso de morbosidad, de bajas e insanas curiosidades en que navegan algunas almas, cabe suponer que ese segundo definitivo interese a quienes no estén ligados a su infortunado protagonista por razones de oficio o de devoción.

Morir es una monocorde ceremonia en la que se difiere poco de unos a otros intérpretes. Igual muere el rústico que el sabio, el desvalido que el poderoso, el comparsa que Zacconi. (De la muerte de Rodolfo Valentino se dió la nauseabunda noticia, pronto desmentida, de que había sido filmada.)

Cierto que la muerte arriba a nuestras playas de mil diversas maneras. ¡Cuánta imaginación la suya, Dios santo! Se presenta en los momentos más solemnes o en los más triviales, espiga entre los niños, los jóvenes, los viejos, a la hora del éxito, a la del fracaso. Lanza la teja del tejado para que nos quiebre los huesos, o la ola del mar, o la rúbrica del rayo, o simplemente el misterioso ejército de microbios que destroza los tejidos y acaba asfixiándonos. Inventa caminos nuevos... Aquél viajero de avión succionado y arrojado al espacio por la rotura del cristal de la carlinga... Pero la mímica es siempre la misma. Un rodar, sin eje ya, de la pupila, una angustiada mano, un postrimero hálito y se acabó.

El atroz duelo de la muerte y la vida ha de desenlazarse, hasta que la Tierra se enfrie y sea arrojada "a ese tremendo muladar de mundos" de que habla Unamuno, siempre a favor de la vida, en el orden general; siempre a favor de la muerte, en el individual. Ahora bien: ese duelo es antiestético en sus fases decisivas, y es sucio porque la vida se defiende como puede, con todas sus armas, y suplica e impreca unas veces y solloza otras como si el enemigo fuese seducible o dominable. Aun cuando el espíritu haya aceptado la decisión inapelable, la materia, no. Su asombroso mecanismo organiza todas sus reservas y no se entrega nunca. La muerte, si; la muerte quisiera cortar, cortar rapidísimamente—decía un personaje de Anouilh—; pero la vida se resiste y empuerca la lucha...

Mientras esa trágica pugna trasciende a las facciones o a los ademanes de quien la libra, es monstruoso pensar que haya alguien que se acerque con la cámara a espiarla y a contarle, después, a los lectores de una revista de gran tirada cómo fué. Allí —página 4, a dos columnas, la pareja a la moda; páginas 10 y 12, el busto de la Loren—, y en la 14, el rictus del moribundo, que hasta la compostura deja deshabitado. No, de ninguna manera. ¿Y a quién, repito, salvo a los sádicos, puede importarles esa patética y desesperada imagen?

Luego, la muerte es ya otra cosa. El rostro de los muertos nos dicta una enseñanza póstuma; nos alecciona, no nos desmoraliza; nos invita a la piedad, a la contrición, casi al imposible diálogo. El desfile ante los grandes hombres, muertos, es una noble y respetuosa práctica que nos ha sido legada desde los albores de la civilización y tiene un sentido natural de homenaje y de adiós. La mascarilla, el dibujo, la fotografía, trabajan entonces sobre un lícito modelo.

Pero no, claro está, en los últimos segundos de la vida del hombre. No hay negocio más de uno, más intransferible que ese de la muerte, y bueno es que los tribunales italianos hayan subrayado, con su veredicto, lo sagrado de los límites que circundan el trance inhuible y que vedan a todos, salvo en el nombre de la ciencia o en el del amor, que los traspasen.